

Imágen irónica de una educación sentimental



Nada es asible al hombre, que no le haya sido dado desde el principio dominado por los rostros de su juventud". Con esta cita de Herman Broch, que subraya el peso determinante de las vivencias de juventud en la modelación de la existencia, abre Antonio Martínez Sarrión su primer libro autobiográfico. *Infancia y corrupciones* es un relato que transita por los estratos más hondos y esenciales de la memoria, rescatando imágenes e historias de infancia y de adolescencia que aún siguen vivas y desvelando los núcleos de donde parten los hilos emocionales, éticos y estéticos que, por intrincados caminos o por insólitas y sorprendentes asociaciones, llegan al presente: así por ejemplo el "irremontable odio" que el narrador declara sentir hacia "los cuellos cerrados, las corbatas, los zapatos de estreno y las obleas, consagradas o en estado de naturaleza" arranca del torturante día de su Primera Comuni3n, "o toda la mitología del Romanticismo europeo que yo pueda amar creo que tiene una de sus almendras inaugurales en aquellas mañanas escolares rumbo a mis clases, de un maravilloso sigilo y soledad, atravesando un paisaje: clausurados jardines, casa puntiaguda, pinadas que el viento trocaba en melodía, nieblas. Más que un paisaje manchego parecía abocetado por el carboncillo de un Runge, un Friedrich o un Carus" (pág. 184).

Deseos, preferencias, actitudes, rechazos y proyectos del adulto arraigan en experiencias de su edad más temprana de modo que el yo actual que recuerda y escribe en el presente se reconoce ya en aquellos seres de su pasado lejano, en el niño tímido, estudioso y algo repipí, y en el adolescente "pollo pera" que bracea en un mundo sórdido para lograr mantenerse a flote y que encuentra en la lectura, la música y el cine sus tablas de salvación, los moldes para conformar su sensibilidad. Por eso los recuerdos aparecen impregnados de alusiones y referencias a personajes literarios, a cuadros, a músicas, a películas.

Pero el autor no sólo realiza un recorrido hacia dentro del recuerdo sino que también reconstruye la historia externa de su educación sentimental, evocando con intención casi de cronista el contexto histórico, geográfico, social y cultural de un tiempo que se extiende desde febrero de 1939, año de su nacimiento, hasta el otoño de 1955, cuando tiene lugar su viaje y

estancia de una semana en Madrid como premio por haber terminado el bachillerato: dieciséis años decisivos en la formación de su identidad transcurridos en el ambiente de una ciudad de provincias modesta, rural, atrasada, como lo era entonces Albacete, y en la atmósfera beatona, revanchista y vulgar de la inmediata postguerra. Martínez Sarrión se sabe y se siente forjado en la interacción con ese mundo del cual su propia historia íntima es indisoluble. Por ello confluyen aquí memorias y autobiografía, pues la intención testimonial propia de lo memorialístico se equilibra acertadamente con la introspección y la valoración, rasgos vinculados a la escritura autobiográfica.

La narración se desarrolla siguiendo un orden temático que se ajusta a las convenciones del género, y respetando además la línea cronológica aunque sin precisar demasiado las fechas: orígenes familiares, domicilio y vecindario, los lugares mágicos de la infancia, las fiestas tradicionales (Navidad, Jueves Lardero, Semana Santa, Feria de septiembre), el colegio, los amigos y las maestras, los veranos en Pozo Berruco, en Munera y en Vara del Rey, la Primera Comunión, el Instituto con los profesores y los nuevos compañeros, las primeras experiencias del sexo (el barrio de putas de Albacete, la masturbación), su paso por la Falange, la pasión por la lectura (revistas, tebeos, libros) la música y el cine, y al final, el viaje a Madrid y el regreso a Albacete con el que se cierra el relato.

Hay una evidente voluntad referencial, un interés por generar un efecto de veracidad y por ganar la confianza de los lectores. A ello obedecen la atención por los detalles y las anécdotas, las descripciones sutiles y minuciosas de los espacios, de las formas de vida y de las costumbres de las gentes manchegas, y sobre todo la espléndida serie de retratos de personajes, que se inscriben en la línea narrativa y plástica de Goya, Valle-Inclán, o Gutiérrez Solana, y que van desde Reyitos, un niño corpulento y con cuello de toro que la emprendía con los hermanos Sarrión cada vez que los veía "muy limpios y relamidos", sentados "como dos pánfilos" en el escalón, a los profesores del Instituto o al director de la Biblioteca - "un anciano señor que se diría escapado de las páginas de *El Ruedo Ibérico* de Valle-Inclán". (pág. 208)-, sin que en esta galería falten algunos de los tipos emblemáticos de la

España franquista como el locutor del programa "Amiguitos de Radio Albacete" los curas y párrocos de los pueblos, las beatas, el camarada Cerdán, jefe provincial del Frente de Juventudes, el arcipreste Gálvez, entre tantos más. Los retratos sorprenden por la plasticidad y la seguridad de los trazos descriptivos, cualidades debidas, según explica el autor, a que así quedaron "impresos indeleblemente en la muy plástica memoria de esa edad, hasta llegar a adquirir con los años contrastados perfiles de medallones, bajorrelieves o esculturas" (pág. 186). Como sucedía con Valle, los personajes remiten a individuos históricos, pero este lazo con la realidad extratextual no les impide elevarse, merced al arte, a un plano arquetípico y convertirse en símbolos de ciertos aspectos de nuestra sensibilidad nacional.

La grisura de la vida provinciana, la mediocridad de aquella España de la Falange y la Sección Femenina, la represión del sexo y de la vida impuesta por una Iglesia dominante, zafia y casposa, la atonía de la actividad cultural e intelectual, envuelven y comprimen el desarrollo de aquel niño de familia conservadora de clase media, en cuya historia individual, única, resuenan los ecos de una biografía colectiva. Pero lo que ilumina estos contenidos, lo que los vuelve inéditos y excepcionales es la perspectiva irónica y el estilo intenso y apasionado del memorialista, capaz de conjugar lirismo, rabia, humor y melancolía. El yo que enuncia en el presente critica y rechaza abiertamente los modelos culturales de la España franquista en que pretendieron educarlo, modelos a los que define como "lo cutre, lo borde y lo hortera" (pág. 277). Esta posición distanciada y crítica del narrador en relación a los valores del mundo social evocado se manifiesta textualmente en forma de una ironía punzante y controlada, que actúa en el discurso a modo de una cuña demoledora (un adjetivo, una comparación, un comentario) que hace estallar la fachada grandilocuente y mentirosa de aquella sociedad. En algunas ocasiones la ironía se desliza hasta la sátira, el esperpento o el humor negro como ocurre con la descripción del terrible oligofrénico de Munera, con la irrupción de lo siniestro en la mujer que enseñaba "bajo la falda de florido percal unas espantosas piernas artificiales de caucho rosáceo, fofas y tambaleantes..." (págs. 151-52), O, en fin, con la ocurrencia de una vieja excéntrica de cortarle un dedo a su hija difunta para guardarlo en

una lechera de plástico (pág. 251). ¿Cómo no pensar en algunas imágenes del cine de Buñuel?

Ahora bien, el distanciamiento irónico que el narrador mantiene hacia los hechos y hacia el contexto de su educación sentimental, y que evidentemente resulta de su perspectiva de adulto y no de la percepción de su yo infantil o adolescente, es compatible con la ternura, la melancolía y el lirismo al evocar escenas de la niñez, por ejemplo aquellas infinitas horas que pasaba sentado en el escalón del portal de la casa, "horas de lentitud sin sobresalto alguno, pautadas por esos insondables tedios de la infancia, cuando la capacidad de inventar juegos, con juguetes o sin ellos, parece extinguida en un horizonte tan vacío como un cuadro de Ives Tanguy. Musarañas del estancamiento, inmersiones en lo embobado y absorto, esa pura función de respirar o vivir del que sanos y en agraz, en absoluto somos conscientes. Inacabable vigilancia del sol -tibio o de fuego- en los tapiales de adobe recocido" (pág. 55).

La inmersión en el pasado personal no genera nostalgia, si por tal se entiende la añoranza de lo que una vez fue. Esa forma de evocación lánguida que edulcora lo vivido y pule sus aristas, sino melancolía, dolor ante lo irremisiblemente perdido, ante una infancia que se fue para siempre y de la que sólo

quedan ecos, retazos, olores como el del descabalado cine Astoria de la niñez, "aquel bendito y ácido aroma a colonia desinfectante, con un punto de frescor mentolado, único y jamás recuperado en otra parte, ni siquiera en las canciones de la mejor época de Bob Dylan." (pág. 46). La melancolía nace del ver morir las cosas, los seres, las ilusiones, y de la comprobación de que el tiempo arrasa insensible las marcas que le permiten al hombre reconocer (reconocerse en) la realidad de su pasado, como aquel lugar en que estaba la emisora de Radio Albacete, el altillo de los sueños del niño Sarrión, y que quizá "no sea hoy otra cosa que un guardamuebles o un almacén de prótesis dentales, sin más música entre sus muros que la imperceptible de las carcomas y pequeños roedores" (pág. 61).

La fecunda alianza de memoria y narración se pone de relieve en este libro de una forma sutil que pasa casi inadvertida, pues apenas hay intervenciones metanarrativas a las que tan acostumbrados nos tienen los autobiógrafos más recientes. Martínez Sarrión ordena sus recuerdos, reconstruye los avatares externos e internos de su proceso educativo, restaura los rostros de su juventud casi borrados por el tiempo, y logra mediante una perfecta combinación de lirismo e ironía enlazar el presente y el pasado, la vida y lo vivido.

Celia Fernández Prieto